## XII

El día siguiente por la mañana, cuando Selim, después de una noche horrorosa, bajó á su despacho, el guarda agregado especialmente á su persona los días de cacería, pidió hablarle. Nunca eran recibidas las gentes de la servidumbre antes de las diez. Por el pensamiento de Nuño pasó la sospecha de algún suceso grave, é inmediatamente ordenó que entrase el guarda.

Desde la primera ojeada juzgó Nuño que no eran falsas sus previsiones. El hombre, muy correcto, vestido de uniforme, tenía trastornada la fisonomía. Quedó con el kepis en la mano delante de su amo, esperando ser interrogado, pero temblando de impaciencia. Selim, examinándolo con su helada mirada, preguntó:

-¿Qué hay para que venga usted tan de mañana?

—Señor conde, un asunto de los más serios. Anoche estábamos muy inquietos... Pero no quisimos atormentar al señor conde... Strehley no había vuelto después del almuerzo... Y nadie lo había visto... En fin, Rigaud, al hacer su ronda, vió que había sido quemado el kiosco de la gran arboleda... De

un montón de haces de leña, incendiados intencionadamente, el fuego se había comunicado al balcón y al techo... No quedaba más que la armazón de ladrillo... Debió arder como paja; porque, fuera de un leñador, que vió una columna de humo por encima de los árboles, al pasar por el camino de Précigny, nadie vió nada, y no se dió el toque de alarma.

—¡Bah! Eso no es más que un accidente,—dijo Nuño, deseoso de evitar las investigaciones sobre la manera cómo había comenzado el incendio.

—¡Oh, no, señor condel Porque como Strehley no hubiese aparecido al amanecer, organizamos una batida, y en el canal de la Balsa-Grande, por encima de la presa, Rigaud y yo encontramos su cadáver...

-¿Se había ahogado?-preguntó Selim con un gesto de violenta sorpresa.

—No se había ahogado... Lo habían echado al agua después de estrangularlo... En el cuello se ve la huella de las manos... ¡Apretaron firme!...

—¡Estrangulado!—exclamó Nuño, que se había puesto muy pálido.—¡Estrangulado!... ¡Pero por quién?

—Se ha dado parte al Juzgado de Meaux, señor conde. En seguida fué avisada la gendarmería. Eran las siete de la mañana. El cabo ha hecho un registro en la casa de Strehley... No ha sido posible encontrar su escopeta... Y nosotros estamos seguros de que la llevaba cuando salió... En la casa, ningún indicio... La mujer, que está como loca, nada ha podido decirnos... No comprende nada de lo que su-

242

cede... No sabe que su marido tuviera enemigos... Sin embargo, el cabo, á quien Strehley había presentado el día antes, denuncia contra Rabasson, por delito de pesca, agravado con injurias y amenazas de muerte...

-¿Amenazas de muerte?-repitió Nuño estupefacto por la dirección inesperada que tomaba el asunto.

—Sí, señor conde. Los leñadores que trabajaban en la corta del bosque Flamant presenciaron la escena y están citados como testigos en la denuncia... Hay, pues, grandes probabilidades de que Rabasson, que es un ganapán capaz de todo, sea el culpable... Por lo demás, en seguida lo han detenido, y se encuentra en Lagny á disposición del comisario de policia.

—De prisa han andado ustedes,—dijo Nuño examinando al guarda.

—Nosotros no hemos hecho más que avisar á la gendarmería, señor conde. Pero habría sido muy difícil dar con un tunante como Rabasson si se le hubiera dejado tiempo de llegar á París... No es la primera que hace... Seguramente fué él quien soltó una perdigonada al guarda del principe de Friedland hace dos años... Jamás se pudo tener la prueba... Tenía una buena coartada... Pero toda la comarca está convencida de que mataría á un hombre lo mismo que un conejo... El peligro viêne de que esos tunantes van al merodeo... Llevan su escopeta, y, ¡diablol, si aparece el guarda, tanto peor para él.

El guarda habría podido seguir hablando indefi-

nidamente. Nuño no lo oía; reflexionaba profundamente. Si Strehley se había alejado de su puesto de observación, después de haber encendido los haces colocados bajo el balcón del kiosko, no era sorprendente que Manuela hubiera sido encontrada sola. Pero entonces, puesto que Strehley había sido estrangulado, el cómplice de la joven era el matador del inglés.

¿Y cómo es que Strehley, al verse tan rudamente atacado, no hizo uso de la escopeta para defenderse? Bastaba que disparase al aire para que Nuño llegara inmediatamente. Y él lo sabía. El guarda, ¿había dejado complacientemente paso al amante de Manuela? ¿Se había hecho pagar para hacer traición á su amo en beneficio de aquéllos á quienes había hecho traición primeramente? ¿Y fué después de la evasión del culpable cuando, prosiguiendo su ronda por el bosque, se encontró con Rabasson y se enredó en cuestión con éste?

Llegado lógicamente á esta conclusión, que estaba conforme con la opinión de los gendarmes y de los guardas, confirmada por el testimonio de los leñadores, Nuño movió la cabeza con duda. Sentía instintivamente que esto no era la verdad. Volvía á la hipótesis de un paso á viva fuerza del galán, deseoso de salvar el honor de su bella. Pero, sin embargo, le parecía imposible que Strehley hubiera dejado que se le acercara Brucken, á quien aborrecía, sin ponerse en defensa.

Y Huberto era bastante ágil para franquear los cincuenta pasos que separaban el kiosko del puente, y para caer sobre el guarda, antes de que éste 244

estuviera dispuesto á recibir el choque. Una vez en lucha cuerpo á cuerpo con Strehley, la fuerza, bien conocida, del joven, hacía muy admisibles el estrangulamiento y el arrastre del guarda. Lo había llevado como un lobo se lleva un carnero, á cuestas.

Pero aquí Selim tropezaba todavía con una inverosimilitud. Estaba demostrado que Brucken, en el momento en que se desarrollaba la trágica escena, se había reunido, ó estaba cerca de reunirse, con sus compañeros de caza. Por hábilmente que se las hubiera arreglado para engañarlos; por rápida que hubiera sido su carrera, ¿podía suprimir la hora grave, la hora criminal? Esto parecía imposible. Entonces, ¿qué quedaba? El recurso de aceptar como verdadera la historia de Rabasson, poniendo en ejecución las amenazas que los leñadores le habían oído proferir la vispera. O bien...

Y aquí se presentaba al pensamiento de Nuño una hipótesis muy seductora. Aún no se atrevía á acogerse á ella; tan aventurada le parecía. Pero, de realizarse, habría colmado sus votos secretos hasta tal punto, que se estremecía con una sombría alegría, nada más que con entreverla. Era la de que hubiera estado en el pabellón con Manuela, en lugar de Brucken, otro hombre, aquel á quien detestaba tan de corazón, porque sospechaba que había sido adorado por su querida, y que era amado por su hija. ¡Oh, sí, esto podía ser!

Si; de un golpe, Nuño encontraba la feliz ocasión de vengarse del pasado y del presente, de desembarazarse de aquel vecino peligroso que le hacía tan intranquila la vida en la Chevrolière. ¡Con qué implacable energía lo habría cogido! ¿Y por qué no había de haber sido él? Su vigor en nada cedía al de Brucken, y su agilidad era mucho mayor. Era probable que Strehley hubiera dejado que se le acercara para parlamentar, lo que hacía muy sencillo el desarme del guarda y su arrastre. Era admisible que el fugitivo no tuviera la intención de ahogar á Strehley: querría sencillamente quitarlo de su puesto y constreñirle al silencio.

En el calor de la acción, en vez de amordazarlo, lo había estrangulado. Y de deducciones en deducciones, Selim, salvo el eror sobre la persona, llegaba por un esfuerzo de su inteligencia, caldeada por el odio, á reconstituir el drama tal como había pasado.

Hacía un instante que el banquero andaba á pasos lentos por su despacho, sin acordarse del guarda. Este, de pie en un rincón, miraba á su amo con sorpresa. De pronto Nuño levantó la cabeza é hizo un gesto de amenaza. En este movimiento, vió al hombre, y recobrando su calma:

—Bueno: si la gendarmeria está en movimiento y si ha dado parte al Juzgado, aqui no tenemos otra cosa que hacer que esperar. Ordeno á usted y á sus compañeros la mayor circunspección en palabras y en actos para todo lo que se refiera á este asunto. Bastante mal estamos ya con las gentes del país. Se sospecha de un habitante de Précigny; no tomen ustedes partido en contra suya. Dejen á la justicia que desenrede la maraña... Este es su oficio... Por lo demás, es posible que ese tunante sea inocente...

Como el guarda, á pesar de su respeto, moviera la cabeza con aire de duda, Nuño añadió con severidad:

—Usted sabe que Strehley estaba despedido... Su servicio se ha prestado á la crítica... Era borracho y tenía malas relaciones...; Quién sabe si alguien habrá tenido interés en hacerlo desaparecer? Usted lo soportaba á disgusto cuando era su jefe...; Va usted á sentirlo porque ha muerto? En suma: era una mala persona.

—Era un guarda, señor conde. Y en este país, siempre que cae un guarda, esto se sube á la cabeza de los delincuentes, y en breve plazo ocurre otro r al golpe... La cosa va por series... ¡Lo sabemos muy bien!

-Hagan ustedes las rondas por tres... En cuanto á la viuda de Strehley, yo aseguraré su suerte...

No se muere inútilmente en mi servicio.

Cambiando así la cuestión de sangre en una cuestión de dinero, Selim quedó satisfecho. Luego dijo á su guarda:

—A contar desde hoy, y hasta que provea sobre el reemplazo de Strehley, usted será el jefe.

- El hombre se puso colorado, y, saludando militarmente, olvidada ya la muerte de su camarada en su satisfacción de orgullo, salió.

En el momento mismo en que Nuño sabía la peripecia final y misteriosa de su emboscada, el marqués de Pont-Croix, conduciendo su barca, sacaba á lo largo de la orilla, enfrente de Chalifert, nasas colocadas con gran cuidado en coladores abiertos en medio de las hierbas frecuentadas por los sollos.

Un pálido sol de otoño doraba los ribazos con sus rayos, y una bruma fina, azulada, arrastraba sobre el río su gasa transparente, desgarrada de cuando en cuando por un ligero viento. Acababa de sacar del agua con Celestino un anguila monstruosa que hacía vibrar con sus saltos desesperados las mallas del aparato, cuando su perra, tendida en la proa, alzó la cabeza y gruñó sordamente. En el mismo momento, una voz anhelante gritó desde el camino:

-;Sr. Clementel ¡Sr. Clementel...

El joven miró por entre los sauces de la orilla, y viendo á un hombre que corría por la hierba, exclamó:

—¡Es Briffaut! ¿Qué pasa? Parece trastornado... ¡Atraca, Celestino!

El criado metió la anguila en una red, y cogiendo el garfio, empujó la barca á la orilla.

-¡Sr. Clemente!—llamó otra vez Briffaut con acento desesperado.

—¡Y bien! ¿Qué? ¡Aquí estoy! ¡Aunque le gritaras á un ahorcado!... Explicate... Eso será más sencillo...

Briffaut aspiró el aire con fuerza, y dejándose caer sentado á la orilla del agua, dijo:

—¡Cómo he corridol...¡Vengo de su casal...¡Han preso á Rabasson!...

-Eso no podía faltarle, dijo tranquilamente Pont-Croix. Ya te lo había anunciado.

-Pero lo han preso por asesinato!

-¿Por asesinato? ¡Diablo! ¡Eso es muy grave!... ¡Sin embargo, no es imposible!

—¡Oh, Sr. Clemente, yo le juro á usted que es inocentel ¡Estábamos juntos á la hora en que cometieron el crimen!...

-¡Imbécil: te vas á comprometer!

—En eso pensaba hace un momento,—dijo cándidamente Briffaut:—por eso he venido á buscarle, Sr. Clemente; para que me dé usted un consejo... ¡Tengo la cabeza al revés!... Vengo de Lagny corriendo... Rabasson está guardado de vista por dos gendarmes.

-¿Y á quién han asesinado?

-A Strehley, el guarda mayor de la Chevrolière.

-¡Ah, diablo! ¿Qué lo acusa?

—Ha hecho todo lo necesario para ser acusado... ¡Todo el mundo lo creerá culpable! A menos que usted se mezcle en el asunto, señor marqués, y pruebe que es inocente...

-¿Y cómo quieres que yo haga eso? ¿Soy abogado para defender á ese tunante?...

-¿Qué va á ser de nosotros si usted nos abandona?

Briffaut se cogió la cabeza entre las manos, con tan sincera desesperación, que Point-Croix se conmovió.

Le complacia verse tomar como protector en to das las circunstancias graves, por aquellos hombres nacidos en su tierra.

Encontraba en esto una de las prerrogativas del derecho feudal ejercido por sus padres. Y los vasallos emancipados se hacían sus clientes, instintivamente, como bajo la influencia de una confianza hereditaria.

Después de haber pensado un instante, dijo:

-¿Donde ha sido encontrado el cadáver?

-En el canal de la Balsa Grande.

-¿Dónde estábais ayer Rabasson y tú?

-En el bosque de Aunet.

-¿Podéis probarlo?

-No, Sr. Clemente; nadie nos encontró.

—Vamos á ver el sitio donde se ha cometido el asesinato, y acaso descubriremos algún indicio... Celestino, sigue sacando las nasas, y lleva la barca.

Saltó de un brinco á la orilla, y, seguido de su perra, atajando por en medio de la pradera, llegó á la carretera de Précigny y al bosque de la Encomienda. Por el camino escuchaba á Briffaut, á quien, al pronto, le había costado trabajo vaciarse de noticias, como una garrafa muy llena, pero que ahora abundaba en detalles: el incendio del pabellón; la desaparición de la escopeta; la estrangulación del guarda. ¡Como si Rabasson hubiera sido bastante vigoroso para apretar el cuello á Strehley, cuando era notorio que el condenado inglés reventaba á un hombre en tres puñetazos; tan diestro era en el boxeo!

Había sido necesario un puño superior para hacer quitar á aquel mozo el gusto del pan tan fácilmente. Clemente no respondía; reflexionaba. En un momento de silencio, mientras que Briffaut respiraba, murmuró, como á pesar suyo, en voz baja:

-¿Pero qué interés habrá tenido?

Briffaut, contando después la escena, decia:

«Yo veía bien que él rumiaba alguna cosa para salvar al compadre. Iba con los ojos fijos en la pun-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV. \*3.T.\*IA
"ALFONSO NETES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ta de sus botas, y fruncidas las cejas como si hiciera un esfuerzo violento, como madre cuando recibe una carta de mi hermano, que le cuesta un trabajo horroroso leer... ¡Ah, no me atrevia à hablar; comprendía que había que dejarlo entregado á sí mismo, y que todo iría bien!»

Clemente ahondaba, en efecto, en un extraño problema. Se le había ocurrido de pronto que el matador del guarda era Brucken, y sospechaba que Manuela estaba mezclada en el asunto. ¿Cómo?... ¿Por qué?... Lo ignoraba. Pero precisamente esto era lo que trataba de descubrir. Entró en el territorio de la Chevrolière por primera vez desde la venta de la finca. Volvió á ver el riachuelo donde en su niñez hacia navegar sus barcos. Alli, delante de la presa, que le servia de muelle para dirigir sus goletas y sus cañoneros, había sido encontrado el cadáver del guarda. Y los dulces recuerdos del pasado se mezclaban á las siniestras realidades del presente. Se detuvo de pronto. Briffaut, tendiendo los brazos hacia un sitio donde estaba hollada la hierba, dijo:

-Alli es donde lo arrojaron.

A lo largo del canal, en la orilla, corría una senda por un suelo de asperón, donde estaban marcadas las huellas de los pies de los que habían retirado el cuerpo del guarda. Imposible sacar nada en limpio allí. Aquellas gentes habían venido por la presa: piedras recién arrancadas del dique lo probaban. En la orilla donde se encontraban Clemente y Briffaut, las investigaciones parecían haberse limitado á un círculo de veinte metros de radio: las ramas estaban rotas, la tierra removida con los pies, la hierba pisoteada. Más allá, nada. La perra olfateó estas huellas, y se paró al lado de su amo.

-Examinemos la parte de la orilla que está entre este sitio y el kiosko incendiado, dijo Clemente obedeciendo á aquel pensamiento secreto, que unía en él el crimen con el incendio.

Los dos hombres, ambos finos corredores, expertos en reconocer las huellas de la caza, se encorvaron sobre la blanda arena y anduvieron algunos pasos. De repente Briffaut, lanzando una exclamación, señaló con el dedo sobre la senda la huella de dos pies calzados con botas de suelas anchas, pero de corte elegante, y que de ninguna manera podían pertenecer á un guarda ó á un campesino. El tacón, de clavillos cuadrados, estaba hundido profundamente, y la punta se dirigia hacia la presa. Entre el pie izquierdo y el pie derecho, notábase una distancia de un metro lo menos, lo que indicaba que el que había dado aquellos pasos corría vivamente.

-Es un pie de burgués, -dijo Briffaut, comprobando la comba de la suela entre el tacón y los dedos.

-Si, y el hombre es grande, -añadió Clemente.

—Y pesadamente cargado,—añadió el cazador furtivo.—¡Vea usted, Sr. Clemente, qué hundido está el tacón! Corriendo como corría, si no hubiera llevado nada, habría saltado sobre la punta del pie, y la punta apenas se señala.

-¡Bien juzgado!-dijo Pont-Croix sonriendo.-Continuemos.

Siguieron atentamente su pista. Y, á medida que se acercaban al puente, se hacía más sensible la abertura de los pasos, y los tacones se hundían más en el suelo, como si hubiera sido más precipitada la carrera de la persona cuyas huellas seguían.

—¿Ves?—dijo Clemente.—El hombre, al partir, estaba asustado, y quería escapar á un peligro, y corria con todas sus fuerzas. Al llegar cerca de la presa, sea que estuviera sofocado, sea que se creyera más en seguridad, disminuyó su velocidad, y sus pasos son más cortos.

—De modo que venia del puente... Y era solo, porque no hay otra señal que la de su calzado.

-Sigamos adelante.

Estaban en el puente. Allí ya ningún vestigio. Los maderos del piso no habían conservado ninguna huella. Más allá del puente, del lado del pabellón, siempre el mismo paso de hombre, pero más espaciado, más suelto y más ligero, como si el corredor estuviera más descansado, á la partida, ó menos cargado. La punta de su bota se señalaba allí profundamente, y el tacón se hundía menos, justificando la prudente observación de Briffaut. Los dos hombres se detuvieron, embarrados.

Clemente reflexionó, y dijo:

-Es evidente que el choque ocurrió en el puente. En este punto preciso es donde se modifican las huellas... Del lado de acá, superficiales; del lado de allá, profundas.

Volvió hacia el puente, y, de pronto, sus miradas fueron atraídas por la perra, que, con su pata, movía un objeto pequeño que olfateaba con insistencia. Se bajó, y lanzó un grito de sorpresa.

—¡Un guardamonte de escopeta!...

Un fragmento de guardamonte, recién roto, y procedente, con seguridad, de la escopeta no encontrada, estaba caído alli, á algunos centímetros del parapeto del enrejado. El arma, escapada ó arrancada de la mano del guarda, había debido rodar por la madera, y, sin duda, deslizarse al canal.

—Briffaut,—dijo el marqués,—es probable que descubramos la escopeta en el agua. Descendamos bajo el puente.

Llegaron al ribazo, y, con sus ojos penetrantes, se esforzaron por sondear la rápida corriente del riachuelo. Pero la espuma que se formaba sobre los guijarros hacía imposible las investigaciones.

—¿Eres hombre capaz de meterte en el agua? preguntó Pont-Croix.

—¡Yo, Sr. Clemente!... ¿Para sacar de penas á un camarada?

Y el cazador se desnudaba ya.

—Hay que buscar en seis metros cuadrados. Deberás encontrar la escopeta á la derecha de la piedra grande que hace una mancha blanca... ¿Comprendes?

-Si, Sr. Clemente...

Y Briffaut, desnudo como Adán en el Paraiso, se metió por entre las hierbas, y llegó al centro del río. Allí le llegaba el agua á los sobacos.

—¡Está caliente?—preguntó el marqués con buen humor, porque comenzaba á ver claro en el asunto.

-¡Como el hielo!

Y bajándose, comenzó á explorar el fondo. Tres

veces se enderezó, sofocado por haber contenido la respiración. A la cuarta tropezó, y estuvo á punto de perder pie. Estaba tan encarnado cuando reapareció y sus miradas eran tan foscas, que Clemente le tuvo lástima.

-¿No puedes? ¿Quieres que vaya yo?

-¡Oh, señor marqués! ¡Estaría bueno eso!

Se volvió á sumergir, después de haber avanzado algunos pasos, y se levantó vivamente. En la mano derecha tenía la escopeta.

-¡Ya la tengo, voto á...!-gritó con voz ahogada.-¡Ya era tiempo!¡No podía más!

Subió el ribazo, ayudado por Pont-Croix, que le dió la mano, y se vistió vivamente. Entre tanto, el marqués abría la escopeta y comprobaba que los dos cartuchos, no disparados, estaban en su sitio. El guardamonte estaba roto.

- —Ahora vamos á visitar el pabellón,—dijo Clemente,—y habremos concluído...; Entras en calor?
  - -Ahora sude. .
  - -Eso es la reacción... ¡Mira!

El marqués se había parado bruscamente, é inclinado sobre el camino, examinaba huellas marcadas en la árena.

- -¿Qué ves aquí, Briffaut?
- -Como quien diría, Sr. Clemente, un pie de mujer... Muy pequeño, muy pequeño.
  - -; Y al lado?
- --Una suela ancha... También calzado de burgués... Pero ésta no es el pie del que corría...
- —Vaya, muchacho. Creo, como se dice, que comienzo á quemarme. Y, por la rareza del caso, quie-

ro demostrar que tu compadre es inocente, en esta ocasión.

-¡Oh, Sr. Clemente; si habla usted así... está salvadol ¡Porque un hombre como usted no se engaña nunca!

Los dos hombres llegaban al kiosko. El zócalo de piedra había resistido; la armazón de ladrillos estaba entera. Sólo se habían quemado los revestimientos de madera y el techo. De la escalera no había señales. Pero un escalamiento no era cosa para embarazar á Clemente y Briffaut.

En seguida penetraron en el interior. Allí todo estaba casi intacto. Las persianas quemadas habían caído, pero los muebles estaban en su sitio. La estera, un poco chamuscada, esparcía un olor acre, y un ramito de violetas, cogidas al paso por el camino, y atado con una hierba, se marchitaba sobre la mesa al lado de un par de guantes, abandonados sin duda en la precipitación de la huída. Clemente se apoderó de todo. Guantes de gamuza con el sello de Clasens en el interior, y el núm. 8. Por el rostro del marques pasó una fugitiva sonrisa. Y murmuró:

Esta vez, tengo la prueba. El ramo de violetas dejado por la mujer, y los guantes olvidados por el hombre. Y guantes, cuya marca revela una mano de gigante... ¡Pobre Manuela! ¡Qué disgusto para ella si el asunto se hace público! ¿Y cómo conseguir que no se haga?

Reflexionó un instante, movió la cabeza, y se metió los guantes en el bolsillo con el ramo. Después, volviéndose hacia Briffaut, que lo miraba hacer en silencio, dijo:

- -Vámonos, y ni una palabra de lo que hemos encontrado en el canal y aqui.
- —Pero, Sr. Clemente, ¡hará usted soltar á Rabasson, al menos?
  - -Cuando sea tiempo.
- —¡Cómol ¿Va usted á permitir que vaya á la prisión?
- —Por algunos días. Esto le será provechoso. Tendrá espacio para reflexionar. Pero te respondo de que será puesto en libertad. Déjame obrar á mi gusto.

Briffaut lanzó un suspiro, y, siguiendo á Pont-Croix, emprendió el camino de la Encomienda. Por encima de los árboles, en las tranquilas lejanías, sonaron las diez en el campanario de Précigny.

## XIII

Después del almuerzo, fumando y hablando, se encontraban reunidos, en la sala de caza, Nuño, Brucken, Termont, Francfort y el procurador de la República, venido para hacer una información sobre el asunto Strehley. Llegado á la Chevrolière, acompañado del comisario de policía y escoltado por los gendarmes, el magistrado se había mostrado al pronto frio y algo tieso. Pero la gracia de Ester, á quien había encontrado en casa de la viuda del guarda, á cuya familia había ido á llevar consuelos, modificó sus impresiones. Selim, advertido de su presencia, se puso á sus órdenes, y hecha la instrucción, terminados los interrogatorios, el procurador de la República consintió en entrar en el castillo.

Ahora, entre los húespedes y él reinaba la mayor cordialidad. Una pasión común, la de la escopeta, había acercado á todos aquellos hombres. Y la conversación, comenzada por el desarrollo de este lugar común; los peligros que corrían los guardas en una comarca de gran caza como el departamento de Sena y Marte, se hizo del todo íntima y especial.